

al familia de las familias, con la patria. . . . ¡Pero dejemos esto! De aquí á dos años volveremos à ver la Francia. ¡Dios la proteja como à todos los seres amados y escelentes que dejamos en ella, en todos los partidos!

11 de Julio de 1832, á la vela.

Hoy, á las cinco y media de la mañana, hemos dado la vela. Algunos amigos de pocos dias, pero de mucho cariño, habian madrugado mas que el sol para acompañarnos á algunas millas dentro del mar, y llevarnos mas léjos su despedida. Nuestro bergantin se deslizaba sobre un mar sereno, límpido y azul, como el agua de un manantial á la sombra, en el hueco de una peña: apénas el peso de las vergas, esos largos brazos del buque cargados de velas, hacian inclinarse ligeramente ya un bordo, ya otro: un jóven de Marsella (1) nos recitaba unos versos admirables en que confiaba sus votos por nosotros á los vientos y á las olas; todo nos enternecia,—aquella separacion de la tierra,—aquellos pensamientos que volaban á la playa, cruzaban la Provenza é iban hácia mi padre, mis hermanas, mis amigos;—aquellas palabras de despe-

(1) M. Antran.

dida,—aquellos versos,—aquella hermosa sombra de Marsella que se alejaba, que disminuía bajo nuestros ojos,—aquel mar sin límites que iba á ser por mucho tiempo nuestra única patria.

¡Oh Marsella! ¡Oh Francia! ¡mas merecias tú! ¡Este tiempo, este pais, estos jóvenes, eran dignos de contemplar un verdadero poeta, uno de aquellos hombres que graban un mundo y una época en la memoria armoniosa del linage humano! Pero yo, profundamente lo siento, nada soy mas que uno de esos hombres sin efigie, de una época transitoria y borrada, de quien algunos súspiros han tenido eco, porque el eco es mas poético que el poeta. Sin embargo, yo pertenecia á otro tiempo por mis deseos; muchas veces he sentido en mí otro hombre; horizontes inmensos, infinitos, luminosos, de poesía filosófica, épica, religiosa, nueva, se rasgaban delante de mí, pero, ¡justo castigo de una juventud insensata y perdida! aquellos horizontes se cerraban muy pronto. Yo los sentia demasiado vastos para mis fuerzas físicas, y cerraba los ojos para no caer en tentacion de precipitarme en ellos. ¡Adios, pues, á aquellos sueños de génio, de delicia intelectual! Ya es tarde, harto tarde; acaso bosquejaré algunas escenas, murmuraré algunos cantos, y esto será todo. La obra quedará para otros, y con placer lo veo, otros vienen. Jamas la naturaleza fué mas fecunda en promesas de génio que en

este momento. ¡Qué de hombres de aquí á veinte años, si todos llegan á ser hombres!

Sin embargo, si Dios quisiera acceder á mis ruegos, he aquí lo que yo le pediría: ¡un poema segun mi corazon y segun el suyo! una imágen visible, viva, animada y colorada de su creacion visible y de su creacion invisible!—¡hermosa herencia, en verdad, que dejar á este mundo de tinieblas, de duda y de tristeza, un alimento que le sustentaria, que le rejuveneceria por un siglo! ¡Ah! ¡Ojalá pudiera yo dársele! ó á lo ménos, dármele á mí mismo aún cuando nadie mas que yo oyera de él un solo verso!

El mismo dia, á las tres, en alta mar.

El viento de este, que nos disputa el camino, ha soplado con mas fuerza; la mar ha crecido y blanqueado; el capitan declara que es preciso volver á tomar la costa y fondear en una bahía á dos horas de Marsella. Ya estamos en ella; las olas nos mecen blandamente; la mar habla, como dicen los marineros; se oye venir de léjos un murmullo semejante á ese rumor que sale de las grandes ciudades:—esa amenazante palabra del mar, la primera que oimos, resuena con solemnidad en los oídos y en el pecho de los que van á hablarle tan de cerca por tan largo tiempo.

A nuestra izquierda, vemos las islas de Pomega y el castillo de If, antigua fortaleza, con torres redondas y pardas que coronan una roca pelada y pizarreña: en frente, sobre la alta costa cortada por peñascos blanquecinos, numerosos caseríos cuyos huertos cercados con tapias no dejan ver mas que las copas de los árboles y los verdes arcos de los emparrados; á cosa de una milla dentro de tierra, sobre un cerro aislado y despojado, se alzan el castillo y la capilla de Nuestra Señora de la Guarda, romería de los marinos provenzales ántes de la partida y á la vuelta de todos sus viages. Esta mañana, sin saberlo nosotros, á la misma hora en que entraba el viento en nuestras velas, una muger de Marsella, acompañada de sus hijos, ha salido con el alba, y ha ido á rogar por nosotros á la cima de ese monte, desde donde su mirada amiga divisaba sin duda nuestro buque como un punto blanco en el mar.

¡Qué nudo el de la oracion! ¡Qué lazo invisible, pero omnipotente, el de unos seres conocidos ó desconocidos entre sí, y rezando juntos ó separados unos por otros! Siempre me ha parecido que la oracion, ese instinto tan verdadero de nuestra impotente naturaleza, era la única fuerza real, ó á lo ménos la mayor fuerza del hombre. El hombre no concibe su efecto; pero ¿qué concibe? La necesidad que impulsa al hombre á respirar basta para probarle que el aire es necesario á su vida. El

instinto de la oracion prueba tambien al alma la eficacia de la oracion: ¡oremos, pues! ¡Y tú que nos has inspirado esa maravillosa comunicacion contigo, con los seres, con los mundos invisibles, tú, oh Dios mio, óyenos mucho, óyenos mas allá de nuestros deseos!

El mismo día, à las once de la noche.

Una luna espléndida parece como que se mece entre los mástiles, las vergas, las jarcias de los dos bergantines de guerra fondeados no léjos de nosotros, entre nuestro anclage y las negras montañas del Var; cada cable de esos buques destaca à la vista sobre el fondo azul y purpúreo del cielo de la noche, como las fibras de un gigantesco y descarnado esqueleto visto de léjos al pálido é inmoble resplandor de las lámparas de Westminster y de San Dionisio (1). Mañana esos esqueletos recobrarán la vida, tenderán sus alas recogidas como nosotros, y echarán à volar, como aves del oceano, para ir à posarse en otras playas. Desde el puente en que estoy oímos el agudo y compasado pito del maestre de la nave que manda la maniobra, los redobles del tambor, la voz del oficial de guardia. Los pa-

(1) Abadías en que están los panteones de los reyes de Inglaterra y Francia.—*N. del T.*

bellones se deslizan del mástil; los botes, las embarcaciones suben à bordo como al ademan rápido y vivo de un ser animado. Todo es silencio en su bordo como en el nuestro.

En otro tiempo el hombre no se dormia sobre ese profundo y pérfido cauce del mar, sin alzar su voz y su alma à Dios, sin rendir homenaje à su sublime Autor en medio de todos esos astros, de todas esas olas, de todas esas cimas de montañas, de todos esos encantos, de todos esos peligros de la noche; por la noche se decia una plegaria comun à bordo de los buques. Desde la revolucion de Julio, se ha destruido esta costumbre: la oracion ha muerto en los labios de ese rancio liberalismo del siglo XVIII, que nada vivo tenia en sí mas que su frío odio contra las cosas del alma. Aquel sagrado aliento del hombre, que los hijos de Adan se habian trasmitido hasta nosotros con sus alegrías ó sus dolores, se ha apagado en Francia en nuestros dias de disputa y de orgullo: hemos mezclado à Dios en nuestras contiendas. La sombra de Dios amedrenta à ciertos hombres; esos insectos que acaban de nacer, que van à morir mañana cuyo estéril polvo se llevará el viento en pocos dias, cuyos huesos blanqueados arrojarán estas eternas olas à algun arrecife, temen confesar, con una palabra, con un ademan, el ser infinito que confiesan los cielos y los mares; se desdeñan de nombrar al que no se ha desdeñado de crearlos

de crearlos, y ¿por qué? ¡Porque esos hombres llevan un uniforme, porque saben calcular hasta cierta cantidad de números, y se llaman franceses del siglo XIX! Por fortuna el siglo XIX va pasando, y veo acercarse otro mejor, un siglo verdaderamente religioso, en el que, si los hombres no confiesan à Dios en la misma lengua y bajo los mismos símbolos, le confesarán á lo ménos bajo todos los símbolos y en todas las lenguas!

La misma noche.

Una hora me he paseado por el puente del buque, solo, haciendo estas tristes ó consoladoras reflexiones; en ella he murmurado con los labios ó con el corazon todas las oraciones que de niño aprendí de mi madre; los versículos, los retazos de salmos que tantas veces le he oido recitar en voz baja, paseándose por la tarde en la alameda de Milly (1) se me venian á la memoria, y mi pecho sentia un íntimo y profundo deleite en echarlos á mi vez à las olas, al viento, á aquel oido siempre abierto, para el cual nunca es perdida ninguna voz del corazon ó de los labios! ¡La oracion que se ha oido proferir por alguno á quien se ha amado y á quien

(1) Quinta donde se crió el autor.—N. del T.

se ha visto morir, es doblemente sagrada! ¿Quién de nosotros no prefiere las pocas palabras que le ha enseñado su madre, à los mas bellos himnos que uno mismo pudiera componer? Esta es la causa por qué, de cualquiera religion que nos haga ser nuestra razon en la edad de esta, la oracion cristiana será siempre la oracion del linage humano. Así he recitado yo solo la oracion de la noche y del mar por esa muger que no calcula ningun peligro por unirse á mi suerte, por esa hermosa niña que jugaba entretanto sobre cubierta, en la chalupa, con la cabra que debe darle su leche, con los airosos y mansos lebreles que lamen sus blancas manos, que mordizcan sus largos y rubios cabellos.

12, por la mañana, à la vela.

Durante la noche, el viento ha cambiado y ha refrescado; yo oia desde mi camarote en los entrepuentes las pisadas, las voces y el canto triste de los marineros resonar largo tiempo sobre mi cabeza con los golpes de la cadena del ancla que estaban atando á la proa. Miétras daban la vela y partimos, me volví á dormir. Cuando me desperté y abrí la porta para mirar las costas de Francia á que estábamos tocando la víspera, no ví mas que el inmenso mar, vacío, desnudo, encrespado, con dos velas solamente, dos altas velas que se alzaban

como dos términos, dos pirámides del desierto en aquella lontananza sin horizonte.

Las olas acariciaban blandamente los arqueados y recios costados de mi bergantín, y parloteaban graciosamente bajo mi angosta ventana, donde á veces se alzaba la espuma en blancas guirnaldas; era aquello como el rumor desigual, variado, confuso del gorgceo de las golondrinas sobre una montaña, cuando se alza el sol sobre unos trigos. Hay armonías entre todos los elementos, como hay una general entre la naturaleza material y la naturaleza intelectual: cada pensamiento tiene su reflejo en un objeto visible que lo repite como un eco, lo refleja como un espejo y le hace perceptible de dos modos; á los sentidos por medio de la imágen, al pensamiento por medio del pensamiento; tal es la poesía infinita de la doble creacion! Los hombres llaman á eso comparacion; la comparacion es el génio; la creacion no es mas que un pensamiento bajo mil formas. Comparar es el arte ó el instinto de descubrir nuevas palabras en esa lengua divina de las analogías universales que solo Dios posee; pero de la que permite á ciertos hombres descubrir algo. Esta es la razon por qué el profeta, poeta sagrado, y el poeta, profeta profano, eran admirados antiguamente y en todas partes, como seres divinos. En el dia se los mira como á seres insensatos ó cuando ménos inútiles, y es muy natural; los que cuentan por todo, el mundo material

y palpable, esa parte de la naturaleza que se resuelve en cifras, en estension, en dinero ó en goces físicos, hacen bien en despreciar á esos hombres que no conservan mas que el culto de la belleza moral, la idea de Dios, y esa lengua de las imágenes, de las relaciones misteriosas entre lo invisible y lo visible! ¿Qué prueba esa lengua? ¡Dios y la inmortalidad! ¡Y esto es nada para ellos!

13 de Julio, anclados en el pequeño

golfo de la Ciotat.

El viento favorable que ha soplado un momento, se ha desvanecido pronto en nuestras velas, que caian á lo largo de los palos, y los dejaban oscilar á merced de las mas flacas oleadas,—hermosa imágen de esos caracteres á quienes falta la voluntad, ese viento del alma humana, caracteres flotantes que cansan á los que los poseen, esos caracteres desgastan mas por la debilidad que los animosos esfuerzos que una voluntad vigorosa imprime á los hombres de energía y de accion, como los buques tambien que, en un mar sereno y sin viento, se cansan mas que bajo el impulso de un viento fresco que los impele y los sostiene sobre la espuma de las olas.

Sea casualidad, sea secreta maniobra de nuestros

oficiales, nos vemos precisados por el viento á entrar à las tres en el risueño golfo de la Ciotat, pueblecillo de la costa de Provenza, donde nuestro capitán y casi todos nuestros marineros tienen sus casas, sus mugeres y sus hijos. Al abrigo de un pequeño muelle que se destaca de una graciosa colina, cubierta de vides, de olivos y de higueras, como una mano amiga que tiende la playa á los marineros, dejamos caer el ancla; no hay una arruga en la superficie del agua, y esta està tan trasparente que á veinte piés de profundidad vemos relucir las guijas y las conchas, ondear las largas yerbas marinas y correr millares de pescados de cambiantes escamas, tesoros escondidos del seno del mar, tan rico, tan inagotable como la tierra en vegetacion y habitantes. ¡La vida es en todas partes como la inteligencia! ¡Toda la naturaleza està animada, toda la naturaleza siente y piensa! ¡El que no lo ve, nunca ha reflexionado sobre la inacabable fecundidad del pensamiento creador! Este no ha debido, no ha podido pararse; el infinito està poblado, y donde quiera que està la vida, allí està tambien el sentimiento: el pensamiento tiene grados desiguales sin duda, pero sin vacío. ¿Querémos una demostracion física de esta verdad? ¡Mirémos una gota de agua bajo el microscopio solar, y en ella verémos gravitar millares de mundos! ¡Mundos en la lágrima de un insecto! Y todavía si lograra mos descomponer cada uno de aquellos millares de

mundos, nos aparecerian millones de universos nuevos! Si de esos mundos sin límites é infinitamente pequeños, nos elevamos de repente á los grandes globos innumerables de las bóvedas celestes, si penetramos en la vía lactea, incalculable polvo de soles, cada uno de los cuales rige un sistema de globo mas vasto que la tierra y la luna, el espíritu queda anonadado bajo el peso de los cálculos; pero el alma los soporta y se gloria de tener su lugar en esa obra, de tener fuerza para comprenderla, de tener un sentimiento para bendecir, para adorar á su Autor. ¡Oh Dios mio! ¡Cuán digna oracion es la naturaleza para el que te busca, para el que te descubre en ella bajo todas las formas, y comprende algunas sílabas de su lengua muda, pero que lo dice todo!

Golfo de la Ciotat, el 14 por la tarde.

El viento ha caido, y nada anuncia su vuelta. La superficie del golfo no tiene una arruga; el mar està tan terso que se distingue en él aquí y allí la impresion de las transparentes alas de los mosquitos que flotan sobre ese espejo, y que son lo único que le empaña en este momento. ¡Que á tal grado de serenidad y mansedumbre pueda descender ese elemento, que levanta los navíos de tres puentes sin

conocer su peso, que roe leguas de costa, devora colinas, raja peñascos y hiende montañas bajo el embate de sus rugientes olas! Nada es tan manso como lo que es fuerte.

Saltamos en tierra á instancias del capitán, que quiere presentarnos á su muger y enseñarnos su casa. El pueblo se parece á las graciosas ciudades del reino de Nápoles en la costa de Gaeta: todo en él es radiante, alegre, sereno: la existencia es una fiesta continua en los climas del Mediodía. ¡Feliz el hombre que nace y que muere al sol! ¡Feliz sobre todo, el que tiene su casa, la casa y el huerto de sus padres, en las orillas de ese mar en el cual cada ola es una centella que arroja su luz y su brillo sobre la tierra! Salvo las altas montañas que reciben la claridad de sus cimas y de sus horizontes de las nieves que las cubren, del cielo en que se pierden, ningun punto del interior de las tierras, por mas risueño, por mas gracioso que le hagan las colinas, los árboles y los rios, puede competir en hermosura con los sitios que bañan los mares del Mediodía. El mar es á las escenas de la naturaleza lo que los ojos son á un rostro hermoso; las ilumina, les da aquella radiacion, aquella fisonomía que las hace vivir, hablar, encajar, fascinar la mirada que las contempla.

El mismo dia.

Es de noche, es decir, lo que se llama noche en estos climas. ¡Cuántos dias ménos luminosos he contado en las hermosas laderas de las colinas de Richemond, en Inglaterra! ¡En las nieblas del Támesis, del Sena, del Saona ó del lago de Ginebra! Una luna redonda se alza en el firmamento, dibujando en la sombra nuestro negro bergantin, que descansa inmóvil á alguna distancia del espolon. La luna, avanzando, ha dejado en pos de sí como un reguero de ascua roja de que parece haber sembrado la mitad del cielo: lo restante es azul, y blanquea á medida que ella se acerca. En un horizonte de dos millas con corta diferencia, entre dos islitas de las cuales la una tiene bordes acantilados, altos y amarillos como el Coliseo de Roma, y la otra es morada como flores de lila, se ve sobre el mar el espejo de una gran ciudad: la ilusion es tal que engaña la vista; se ven relumbrar los cimborios de los palacios de deslumbradoras fachadas, largos espolones inundados de una luz blanda y serena: á derecha é izquierda, las olas blanquean y parece que lo envuelven: cree uno ver á Venecia ó Malta durmiendo en medio de las olas. No es ni una isla, ni una ciudad; es la reverberacion de la luna en

el punto en que su disco cae perpendicularmente sobre el mar; mas cerca de nosotros, esa reverberacion se estiende y se prolonga, y arrastra un rio de oro y de plata entre dos márgenes de azur. A nuestra izquierda, el golfo estiende hasta un enhiesto cabo la larga y sombría cordillera de sus desiguales colinas; á su derecha se ve un estrecho y cerrado valle, donde corre una hermosa fuente á la sombra de algunos árboles; detras, hay una colina mas alta cubierta hasta la cima de olivos, que la noche hace parecer negros; desde la cima de esa colina hasta el mar, pardas torres, casillas blancas cortan aquí y allí la monótona oscuridad de los olivos, y atraen la vista y el pensamiento á la morada del hombre. Mas léjos todavía, y en el confin del golfo, tres enormes peñascos se alzan sin bases sobre las olas; de formas estrañas, redondeados como guijarros alisados por las olas, las tempestades, esos guijarros son montañas,—caprichos gigantescos de un oceano primitivo del que nuestros mares no son sin duda mas que una débil imágen.

15 de Julio.

Hemos visitado la casa del capitan de nuestro bergantin; linda habitacion, modesta, pero bien adornada; nos recibió su jóven esposa, doliente y

triste á causa de la precipitada partida de su marido. Ofrecíle tomarla á bordo y que nos acompañara en este viage, que debia ser mas largo que los viages ordinarios de un buque de comercio; pero su salud no se lo permitia, y la pobre señora iba sola, sin hijos y enferma, á pasar largos dias y acaso largos años ausente de su marido: su dulce y sensible rostro llevaba el sello de aquella melancolía de su porvenir y de aquella soledad de su corazon. La casa parecia una habitacion flamenca; las paredes estaban entapizadas de retratos de los buques que habia mandado el capitan; no lejos de allí, este nos llevó á ver en la campiña una casita donde se preparaba, aunque jóven, un asilo para retirarse de los vientos y de las olas. Mucho gusto tuve en ver el establecimiento campestre donde aquel hombre meditaba de antemano su descanso y su ventura para su ancianidad; siempre me ha gustado conocer el hogar, las circunstancias domésticas de aquellos con quien he tenido particulares relaciones; porque esos objetos son como una parte de ellos mismos,—son como una segunda fisonomía exterior que da la clave de su carácter y de su destino.

La mayor parte de nuestros marineros son tambien de estos pueblos. Hombres mansos, piadosos, trabajadores, que manejan el viento, la tempestad y las olas con aquella serena y silenciosa